

J. P. Aparicio, *La mitad del diablo*, Madrid, Páginas de Espuma, 2006. 172 pp.

“Una narración que empieza pronto y termina enseguida”. Esta frase que aparece en el prólogo a estos 136 cuentos breves de Juan Pedro Aparicio me parece una definición precisa de ese género, no nuevo, pero sí novedoso en cuanto a la potencia y originalidad de su cultivo en España e Hispanoamérica, y que llamamos relato breve o, como mención más extendida, microrrelato. Ocurre algo parecido en poesía, si observamos el ahínco con que se ha generalizado e intensificado el cultivo del haiku, una vez adaptado a nuestra tradición por los poetas modernistas. El microrrelato y el haiku comparten algunas cualidades comunes, derivadas en uno y otro caso de la escasa materialidad textual, como pueden ser el escaso desarrollo de la acción narrada o de la emoción poetizada y la importancia que cobra tanto lo que se dice como lo que se calla. La diferencia radica en que el microrrelato pertenece al ámbito narrativo.

Juan Pedro Aparicio nos dice en el prólogo a su libro que al relato breve le afectan dos fenómenos fundamentales: la elipsis y la invención. No sé si Aparicio practica la elipsis a la hora misma de escribir el relato o es una acción a posteriori, es decir, practicada una vez escrito

el relato mayor, sobre el que se van eliminando elementos de las frases o de la historia; porque en narratología la elipsis significa que el narrador se salta algunas partes de la historia que cuenta, creando huecos que el lector ha de rellenar instintivamente, con el fin de que la duración del tiempo de la historia se acompañe con la del relato en su memoria lectora. La invención –la otra cualidad del relato breve– va unida directamente a la ficción, a la imaginación, a la capacidad de crear ficciones, así como al ingenio, cualidad ésta que me parece otro tercer puntal del relato breve; el ingenio alude a la inventiva pronta, a la intuición y al artificio.

Los escritores de cuentos suelen quejarse de que es un género poco leído y de que los lectores prefieren la novela. Aparicio expresa una idea que a mí me parece de gran interés y que quizá explica por qué sucede lo indicado: cada cuento es un mundo autónomo que requiere –escribe– “un esfuerzo individualizado de penetración en cada uno de ellos”. Se trata de una experiencia común: en el mundo imaginario de una novela permanecemos durante un tiempo considerable; en el del cuento, y más si es un relato breve, apenas nos instalamos nos echan del salón. De ahí que la rapidez de desarrollo de la historia necesite

compensarse con otras cualidades, como la inmediata entrada en materia o el final imprevisible.

La mitad del diablo es un libro, pues, de 136 relatos breves que se organizan de forma que la brevedad de los mismos va potenciándose progresivamente del primer relato (página y media) al último, reducido a una sola palabra, a una sola sílaba: "Yo". En el relato breve el título cobra especial trascendencia. En este caso, el título es "Luis XIV", el Rey Sol, aquel que imbuido de una potestad casi divina afirmaba: "El Estado soy yo". Es el relato o microrrelato más breve que conozco, mucho más que el del dinosaurio de Monterroso, aunque supongo que alguno habrá reducido al silencio, es decir, que conste sólo de título; el cuento de Aparicio es la elipsis retórica en su más alta expresión; pero funciona como fogueo de luz, como imagen repentina, como plasmación plástica y verbal del super-ego. Probablemente tal texto o "testículo" sea pasto de las futuras antologías -hoy ya relativamente numerosas- del microrrelato en español.

Ciento treinta y seis cuentos autónomos, yuxtapuestos, forman La mitad del diablo; pero el sello de Aparicio genera en el conjunto una atmósfera peculiar reconocible en algunos rasgos característicos, entre los que apunto como más atractivo el de la narratividad total y absoluta. Aparicio es un narrador

nato, un contador de historias, sin que estas sufran "pausas" descriptivas o digresivas; de esta manera, el ritmo del relato es progresivo, sin alteraciones, paradas o retenciones que creen espacios de morosidad o de dilación temporal. Este hecho contraría las opiniones críticas que aproximan el microrrelato a la poesía o, más concretamente, al poema en prosa, colocando a los dos géneros en una zona fronteriza. En todo caso no es asunto novedoso, dada la hibridación de géneros en la literatura contemporánea y la tendencia, quizá general, al minimalismo. En cualquier caso, los cuentos de Aparicio son relatos, breves y brevísimos, pero relatos, y, de cualquier manera, los más reducidos están más cercanos a la reflexión rápida y al apunte ingenioso que a la poesía, aunque se asemejen a esta en la intensidad y la concisión.

El cuento breve exige, como antes indiqué, la entrada en materia desde la primera palabra y el final sorpresivo por inesperado. Una y otra cosa se da en todos los relatos de Aparicio. La frase final causa siempre un efecto-sorpresa, como se comprueba leyendo cualquier relato; la frase final ronda lo inesperado, cuando no lo paradójico, produciendo un impacto que contraría, de forma luminosa, lo previsible: es un efecto estético muy poderoso, a pesar de la precariedad textual del microrrelato.

Hay que añadir aún otro aspecto notable del relato breve: el humor. Aparicio mismo lo ha puesto al lado de la elipsis y la invención. Es el humor que impregna relatos como "Compartir el cielo", en el que el matarife de Lot -la ciudad inventada de Aparicio tiene nombre propio- sueña con un cielo de cerdos, los que ha matado a lo largo de su vida de jifero.

En estos relatos breves despliega Aparicio toda su capacidad inventiva para contar historias diversas siempre sorprendentes y con variadas tonalidades de sentimiento, del humor benevolente al humor negro de "Estar vivos", de la emoción amorosa de "La traición" al humor macabro de "El grito".

Los relatos se mueven entre situaciones verosímiles y supuestos imaginarios que en numerosos casos derivan hacia lo fantástico, como sucede en la hipótesis que origina "Cazadores" o en el supuesto unamuniano de "La partida", según el cual somos personajes de un juego de Dios. Pero me parece que los cuentos aluden siempre a situaciones humanas en las que es tan importante lo que soñamos como lo que vemos. Como dice uno de los relatos, "una situación como de sueño, pero que sabía a real". Esas situaciones humanas nos hablan de miedos, celos, emociones, debilidades, cambios de personalidad o desdoblamientos de la misma o de la propia imagen, de fantasmas personales, sueños,

deseos, destinos contrariados, promesas sólo resueltas tras la muerte, venganzas, posibilidades de futuro no cumplidas, etc., etc.

El motivo del desdoblamiento es frecuente ("Ataque al corazón", "Los dos caminantes", "El premio", etc.), pero en el conjunto predominan, si no me equivoco, las referencias escatológicas, es decir, los argumentos que tienen que ver con la muerte y demás postrimerías o novísimos; historias de reos y ajusticiamientos, de condenas y muertes, del infierno y del demonio. Lo que nos admira es que en la escasa materialidad textual de cada cuento quepan historias tan admirables, como, por ejemplo, aquella en que el castigo contra otro se vuelve contra uno mismo ("La mano") o aquellas otras en las que uno ve su muerte transformada en la de otro ser ("Morir en la cama", "En el último instante"). Parece mentira, de igual manera, que la brevedad admita las técnicas narrativas más efectivas, entre las que yo destacaría las prolepsis o anticipaciones del futuro, pero con una cualidad muy original en los cuentos de Aparicio: se trata de un futuro que no existe ni existirá; es un futuro imaginario, que reside sólo en la mente del personaje, sea como ilusión o mera fantasía; es el futuro previsible o posible si las circunstancias no hubieran torcido el destino verosímil; así ocurre en "La traición" o en "Rememoración final"; en este relato, el joven

paracaidista, en ese momento fugaz de caída libre en el que el paracaídas no se le abre, previó un futuro ya negado, un futuro imposible.

Hay otro asunto que me parece de interés. Tras tantos siglos de escritura, la literatura, se alimenta de ella misma; los escritores extraen tópicos, temas y fórmulas de obras del pasado que sirven de referencia. Estamos en el campo de la intertextualidad y la metaliteratura. No es frecuente este aspecto, según creo, en la literatura de Aparicio, pero también hay algunos casos, como los cuentos titulados "El graffiti" y "El trino"; se basa este último en el cuento tradicional del fraile que, absorto ante el canto de un pájaro, pierde el sentido del tiempo; Aparicio repristina la historia haciendo que cuando el fraile regrese al convento, este se haya transformado en una urbanización de chalets y un campo de golf: no cabe duda que es la actualización del viejo tópico del

locus amoenus, pues hoy, éste, más que una naturaleza grata es, por ejemplo, un centro multiusos o ese campo del golf del que habla Aparicio.

En otros relatos expresa Aparicio una concepción del arte, y por tanto de la literatura, muy moderna y sintética, pues resume en pocas líneas las muchas que otros han gastado para teorizar sobre los mundos posibles de la literatura. Me refiero a los relatos titulados "La síntesis" y "La vida en el lienzo"; dice el primero: "David Slaziel estaba descontento. Decía que el arte es un misterio y un milagro, pues no sólo recrea la vida al representarla, sino que también compite con ella, creando, cuando es verdadero, una realidad paralela y superior, síntesis a un tiempo de la propia vida y de su representación".

**José Enrique Martínez**